

EL USO ESTRATÉGICO DEL HUMOR EN LA GESTIÓN DE LA IMAGEN DEL POLÍTICO: EL CASO DE ESPERANZA AGUIRRE



Alejandro Romero Reche

Departamento de Sociología de la Universidad de Granada. Guionista de cómics y colaborador de publicaciones como *El Jueves*, *Ajoblanco* o *El Churro Ilustrado*.

romeroreche@ugr.es

Resumen

El humor forma parte del arsenal de recursos comunicativos a disposición del político para gestionar su imagen pública. No obstante, como tal herramienta entraña riesgos y su uso eficaz exige un dominio del tono y una dosificación de los mensajes de acuerdo con el impacto que pueden producir en el público. Frente a otros notables exponentes de uso fundamentalmente "agresivo" del humor, este trabajo examina los diversos registros de la estrategia humorística de Esperanza Aguirre, desde su salto a la primera línea de la política nacional como Ministra en el punto de mira del informativo satírico *Caiga quien caiga* hasta los últimos hechos noticiosos que protagonizó tras retirarse como presidenta de la Comunidad de Madrid.

Palabras clave: humor; comunicación política; cultura popular; sociología fenomenológica.

Abstract

Humor belongs to the arsenal of communication tools that politicians can use to manage their public image. However, such a tool entails several risks, and its effective use requires a mastery of tone and a dosing of messages depending on the impact they can have on audiences. In contrast to other remarkable examples of a fundamentally "aggressive" use of humor, this paper examines the varied registers in Esperanza Aguirre's humor strategy, from her debut in the front line of Spanish politics as a minister targeted by the satirical TV show *Caiga quien caiga* to the last news stories she was featured in after resigning as president of the Community of Madrid.

Keywords: humor; political communication; popular culture; phenomenological sociology.

“Me perseguían siempre, me querían pillar en todo y yo me lo tomaba a broma, pero mis jefes de prensa no hacían más que advertirme de cuándo aparecían para que saliera por otra puerta. Yo no les hacía ni caso, porque entendí que Caiga quien caiga me proporcionaba una popularidad enorme y la posibilidad de darme a conocer, algo que hubiera costado muchísimos millones lograr. Yo nunca me arrepentí de haber tratado bien a los de CQC”. Esperanza Aguirre, en Drake (2006: 165).

“Esperanza Aguirre siempre supo muy bien dónde estaba y cuál era el rédito que pensaba obtener. Una mañana, cuando nuestro CQC acababa de desaparecer, me la encontré en no sé qué acto y estuvimos charlando. Me contó que iba a acudir de invitada al programa La noche de Fuentes junto a Arancha Sánchez Vicario, la tenista, y me dijo que prefería que fuera yo. ‘Podríamos bailar un vals, tendría mucho más morbo’. Me quedé de piedra. ¿La ministra de cultura del PP hablando de morbo? Todo esto lo cuento por si a estas horas del partido alguien duda de si Esperanza Aguirre sabía dónde se estaba metiendo cuando aceptaba el juego propuesto en nuestro programa”. Pablo Carbonell (2016: 289).

I. INTRODUCCIÓN

Al igual que el carisma, el humor parece ser una de esas cualidades difícilmente controlables, y aún más difícilmente enseñables, que funcionan de modo espontáneo y dependen de las características personales de cada quien: se tiene o no se tiene carisma, como se tiene o no se tiene gracia, y no hay mucho más que se pueda hacer al respecto. Por supuesto, cualquier comediante o chistoso profesional sabe hasta qué punto la repetición constante, el ensayo y el error son imprescindibles para pulir un número humorístico eficaz que transmita esa sensación de espontaneidad; es más, la improvisación humorística exitosa a menudo se sostiene sobre la base estructural de un guión, como la improvisación musical lo hace sobre una tonalidad, un ritmo y unos acordes. Al margen de las cualidades más o menos naturales, es necesario un aprendizaje, tomar la medida al público, aprender a reconocer las oportunidades, aplicar tácticas y planear estrategias (véase, por ejemplo, Lynn, 2011).

El político bendecido por ese don inaprehensible que llaman “gracia natural” puede y suele valerse de él, como del atractivo físico o cualquier rasgo carismático. Y del mismo modo que cabe afinar cualesquiera otras virtudes, es posible (y, aparentemente, cada vez más necesario; véase Smith y Voth, 2002) aprender a sacar el máximo partido al humor o a minimizar los daños que puede causar el humor ajeno o el mal uso del propio.

En el caso que se examina en este trabajo, el punto de partida parece ser el control de daños: en la segunda mitad de la década de los noventa, Esperanza Aguirre, Ministra del Gobierno de España, es blanco de mofa recurrente para los reporteros de un programa satírico de televisión, *Caiga quien caiga*. Lo primero que debe hacer, por tanto, cuando acaba de salir al escenario de la política nacional, es reaccionar al humor que la tiene por objeto. Distintas vías de acción pueden arrojar resultados muy diferentes:

1) Una réplica indignada magnifica los efectos destructivos de la sátira. En principio, este parece ser el resultado más probable si coincidimos con Laso V. (2013: 37) en que el humor, como arma ofensiva, “es casi imposible de rebatir”. Las más de las veces, lo mejor que puede hacer el atacado es encajar deportivamente la crítica humorística e intentar que no se noten demasiado sus maniobras para llevar la discusión a otro terreno.

2) Una estrategia eficaz puede neutralizar dichos efectos destructivos, por ejemplo haciendo ver que el contenido sustantivo de la sátira se refiere a aspectos periféricos o irrelevantes que carecen de peso en la acción política del satirizado. Esto también debe hacerse con sutileza, so pena de quedar marcado con el estigma de quien carece de sentido del humor, un defecto tanto menos perdonable cuanto mayor peso cobra el humor como destreza social que exigimos a nuestros semejantes (Lipovetsky, 1983; Romero Reche, 2010). No es aplicable si la sátira apunta a aspectos percibidos como nucleares en la labor del político; en el caso de Aguirre, se ponía en duda la cultura de la ministra de cultura.

3) Una estrategia particularmente exitosa no solo elude los efectos destructivos, sino que consigue dar la vuelta a la sátira y generar efectos positivos para el satirizado. Esto parece ser el proverbial “relámpago en la botella” que solo unos pocos elegidos consiguen atrapar y sin embargo, visto retrospectivamente, parece un desenlace natural que cae por su propio peso.

En muchos sentidos, se puede decir que Aguirre logró este tercer resultado –otros no tienen tanta suerte: véase el caso de John McCain en Becker (2012), y el de Sarah Palin en Baumgartner, Morris y Walth (2012)– y esto, como veremos más adelante, se refleja en las mutaciones de la caricatura que promueven sus adversarios ideológicos: ya no es la ministra de cultura inculta de la que se reían los reporteros de CQC, sino un personaje calculador con especial habilidad para dar la vuelta a cualquier situación en su propio beneficio. Su caso, observado a lo largo del tiempo, es ilustrativo de la variedad de registros y recursos humorísticos que tiene a su disposición el político para configurar

el propio personaje y dar forma al relato en que éste se inserta, más allá del mero uso agresivo para destruir al adversario. El primero de estos recursos, como hemos visto, es el uso en beneficio propio del humor destructivo ajeno.

II. EL PERSONAJE

Incluso cuando se trata de hechos incontrovertibles en torno a cuya realidad solo puede haber consenso, los datos de una biografía se pueden estructurar para dar forma a figuras muy distintas: el personaje noble y razonablemente heroico que el político quisiera hacer ver al mundo, y la caricatura risible que sus adversarios desean desenmascarar. En el caso de Esperanza Aguirre, todavía hoy se sigue discutiendo (véase Pradera, 2014) si la ex ministra de Cultura llegó a afirmar que Saramago era una pintora llamada Sara Mago, algo que el sucesor de Aguirre en la Presidencia de la Comunidad de Madrid negaba tajantemente: “*Pre-tendían presentarla como una persona frívola e inculta, lo cual es absolutamente falso. Tan falso como esa anécdota que jamás protagonizó*” (Drake, 2006: 157). La periodista que recoge estas declaraciones escribe a continuación: “*Pero Esperanza Aguirre era sistemáticamente objetivo del principio «goebbelsiano» de que una mentira repetida muchas veces termina siendo verdad*” (op. cit., pp. 157-158).

Vemos, pues, que si de dar forma al personaje y al relato se trata, existe una biografía autorizada de Esperanza Aguirre, *La presidenta*, escrita por la periodista Virginia Drake y publicada en 2006 por La Esfera de los Libros, perteneciente al grupo editorial del diario *El Mundo*. Como discurso, tiene varios contextos, unos más inmediatos que otros. El título, *La presidenta*, se entiende por un lado como referencia al cargo que ostentaba entonces en la Comunidad de Madrid, y por otro, como alusión a su potencial futuro en el Gobierno español en clave de las luchas intestinas por el poder en el Partido Popular tras la primer derrota electoral de Mariano Rajoy en marzo de 2004 (Méndez, 2008; Palomo, 2008). El texto, indisimuladamente elogioso, puede entenderse como una pieza en su estrategia de comunicación política que destila los puntos clave del personaje y del relato que Aguirre edifica a su alrededor. No está exento de errores de cálculo; un pasaje del último capítulo, en el que se ofrece una visión más personal de la vida de la biografiada, todavía se rescata periódicamente como cargo en su contra y, por supuesto, como prueba de lo acertado de su caricatura de condesa consorte:

Lo que peor llevo es la factura de la electricidad—dice—, tengo unos techos altísimos y la calefacción es eléctrica, ¡un horror! No tener pagas extras me tiene mártir, las he

tenido toda mi vida y las echo de menos en Navidad y en verano. No es que haga números a final de mes; es que muchas veces no llego (...). (Drake, 2006:479)

El análisis de lo que podríamos llamar sus “tácticas humorísticas” a lo largo del tiempo tal vez no nos autorice a inferir una estrategia a largo plazo (la sugeriremos igualmente, subrayando su carácter hipotético), pero sin duda ofrece ejemplos muy ilustrativos del uso del humor en la gestión de la imagen del político, tanto cuando el humor es originado deliberadamente por el mismo político como cuando es lanzado como ataque por sus adversarios.

III. LAS TEORÍAS CLÁSICAS SOBRE EL HUMOR Y EL ENFOQUE FENOMENOLÓGICO

La reflexión sobre el humor, para irritación del venerable Jorge de Umberto Eco y de numerosos pensadores (Morreall, 2010), es al menos tan vieja como Aristóteles, que enuncia brevemente en la *Poética* el fundamento de la que posteriormente será conocida como **teoría de la superioridad**. Mientras la tragedia nos muestra el espectáculo conmovedor de la desgracia que se ceba en seres sublimes, a los que solo podemos contemplar en contrapicado épico, la comedia nos mueve a la risa porque en ella quienes sufren desventuras son criaturas inferiores a las que miramos, en el mejor de los casos, por encima del hombro. Esto sugiere una aplicación política evidente: en su versión más benigna, el uso competente del humor eleva al político sobre sus adversarios; en su versión más agresiva, sirve para degradar a estos —aunque, como sugieren las investigaciones de Bippus (2007), no sea la estrategia más efectiva en la confrontación con el oponente. Si entendemos el humor como un juego en el que necesariamente alguien debe ganar (Gruner, 1999), es otra baza para prevalecer sobre los oponentes.

Dentro de la llamada **teoría de la descarga o el alivio** podemos distinguir dos vertientes. En primer lugar, una más puramente física, que ejemplifica Herbert Spencer en su artículo “*Physiology of Laughter*”: la risa se produce para descargar la energía nerviosa acumulada. La segunda vertiente, psicosocial, es la que representa Freud con *Der Witz und seine Beziehung zum Unbewussten* (1994 [1905]): el humor es la válvula de escape que permite expresar de forma socialmente aceptable pulsiones socialmente inaceptables. La aplicación política más inmediata vuelve a parecer evidente: el político que nos hace reír nos proporciona ese alivio, y se asocia a nuestros ojos con esa sensación de bienestar; como señala Moreno del Río (2010), el arsenal de recursos humorísticos del político es mucho más amplio que la mera ridiculización del con-

trario. Se ha estudiado, por ejemplo, el uso del humor autodespectivo para reforzar el liderazgo fuera del ámbito político (McGuffee Smith y Powell, 1988). Es interesante observar aquí el delicadísimo juego que se establece entre humor voluntario e involuntario: en principio, y siguiendo la teoría de la superioridad, el político que es objeto de burla pierde puntos; sin embargo, si consigue encajarla bien, si hace gala de deportividad, de eso que llaman “sentido del humor” (que tantas veces supone asumir el propio ridículo sin perder los papeles), puede volver las tornas a su favor. Rebelarse contra la broma suele ser una táctica contraproducente, como señala Laso V.: “Responder es subir la recordación, es llevar a más gente a reír y burlarse de aquello que le hace daño a uno, es meterse de cabeza en terreno adverso” (2013: 37). También contribuye a dar razón al ataque humorístico, al hacer aún más risible al objeto de burla, cuya respuesta puede caricaturizar el oponente como rabieta infantil. Por el contrario, el político que encaja la broma sin darle importancia nos permite esos momentos de descarga, en un ambiente tan cargado como el de la política, porque sabe distinguir lo accesorio de lo fundamental. Y más adelante, puede incluso desenmascarar la mala fe de quienes promueven la burla, más allá del daño insignificante que puedan haber hecho a su imagen.

La **teoría de la incongruencia** puede tener carácter cognitivo o estético: en esencia, sostiene que el humor surge de la yuxtaposición de elementos incongruentes o incluso incompatibles. Schopenhauer la expone en uno de los complementos de 1844 a *Die Welt als Wille und Vorstellung, Zur Theorie des Lächerlichen*: el humor se produce como conclusión a un silogismo traicionero que vincula entre sí premisas dispares; a menudo siguiendo una premisa elevada y sublime de otra inesperadamente pedestre. La aplicación política es, por lo general, de carácter retórico: bien hurtando al examen racional una argumentación falaz (véase Young, 2008; o, de nuevo, Schopenhauer, 2011 [1830]), bien reduciendo al absurdo las proposiciones del contrario.

Estas tres teorías no son incompatibles entre sí (véase su aplicación al caso de Ronald Reagan en Meyer, 1990). Cada una permite al menos una posible lectura desde la cual el humor nos indica cómo es el mundo y cómo debe ser; bien en términos lógicos, estéticos o morales. Ya desde Aristóteles teníamos claro de qué desgracias ajenas nos estaba permitido reír, dentro de un cierto margen de ambigüedad. En ese margen se encuentran algunas de las ocasiones más fecundas para el político, tanto si es él quien ríe, como si es de él de quien se ríen.

La aproximación fenomenológica a la sociología del humor se basa en la ambigua zona de penumbra, de contradicción y hasta de conflicto, en la que crece el humor. Desde este punto de vista, el humor implica una serie de procesos de negociación cuyo resultado puede ser más o menos previsible pero siempre con algún grado de incertidumbre. Ese es el riesgo que debe embridar el político.

En primer lugar, hay una negociación sobre la naturaleza de la situación: ¿Se trata de una ocasión legítimamente humorística o es una agresión disfrazada bajo una sonrisa? ¿Es un chiste, o es algo mucho más serio? En segundo lugar, hay al menos dos negociaciones sobre el propio objeto humorístico: 1) ¿Es susceptible de tratamiento humorístico?, y 2) ¿Cuál es su verdadera naturaleza? ¿La realidad de ese objeto es la que oficialmente asumimos fuera de la situación humorística, o es la que emerge en ella gracias a la relajación de constricciones sociales?

Para Zijderveld (1982), el humor consiste esencialmente en ese juego de significados que contribuye de forma fundamental a la construcción y reconstrucción del sentido en la vida social: por un lado, nos deja una cierta libertad para tantear alternativas, para probar otras posibilidades sin forzar una ruptura; por otro, nos descubre la naturaleza convencional y arbitraria de la realidad social (lo cual no tiene por qué conducir necesariamente al impulso de transformarla).

Mulkay, en otra referencia básica de la sociología del humor, sostiene que hay un “modo humorístico”, entendido como perspectiva o visión del mundo, en el que se suspenden temporalmente las leyes de la realidad y, por tanto, se aplican otras claves de decodificación de mensajes, lo que permite abordar de forma no amenazadora los aspectos ambiguos o contradictorios de la vida social. Desde este punto, el potencial retórico y comunicativo para los fines de definición y redefinición de las situaciones por parte del político es incalculable; lo mismo puede decirse de los riesgos a los que se expone.

Todo relato humorístico debe asignar papeles a su reparto. En esta asignación, deliberada o azarosa, radica buena parte del potencial ideológico del humor, pues en sus distintas relaciones con la normalidad extrahumorística cada uno de ellos nos indica el consenso subyacente sobre dicha normalidad. Uno de los *Monty Python*, Eric Idle (1999), distinguía entre los roles de “narices rojas” y “caras blancas”: el primero es el payaso puro y duro, sensual e incluso dionisiaco, mientras que el segundo puede ser, bien el *straight man* que representa la normalidad extrahumorística en el escenario (para comentar y resaltar la conducta humorís-

tica de su *partenaire*, o para ser el objetivo de la misma), bien el comentarista perplejo de un mundo incomprendible (el modelo aquí podría ser Woody Allen).

En su esquema más simple, el adversario que se mofa de un político reivindica para sí el papel de “cara blanca” y para el objeto de sus burlas el de “nariz roja”: uno es inteligente, y representa el punto de vista de la “normalidad” razonable, y el otro es ridículo, presumiblemente tonto. Este modelo se ajusta a la perfección, por ejemplo, a la práctica humorística agresiva de Alfonso Guerra: la brillantez de su invectiva da por su puesta nuestra complicidad, pues actúa como si fuera evidente que tiene razón, que todo el mundo puede ver lo risible y esperpéntico de sus contrincantes.

Esta estrategia, empero, comporta varios peligros. Por mencionar solo dos: 1) es necesario ser genuinamente brillante (es decir, ingenioso y, esto es fundamental, rápido) o, en el peor de los casos, más brillante que el adversario, pues el ridículo es doble si nos supera en ingenio y nos devuelve un ataque contra el que no sabemos reaccionar; 2) aunque ganemos sistemáticamente, si nos excedemos, si damos la impresión de ensañarnos, podemos despertar antipatías precisamente por lo indiscutible y demoleedor de nuestro éxito. Así, los ataques humorísticos funcionan para quien está convencido de que su blanco merece recibirlos; y esta justificación, a su vez, depende a menudo de la concepción ideológica de la realidad que sustenta el discurso del político, en la medida en que esta asigna responsabilidades en el estado de cosas presente.

IV. “EL RINCÓN DE ESPE” EN CAIGA QUIEN CAIGA

El caso de Esperanza Aguirre es, una vez más, peculiar también en este sentido. Cuando salta a la escena política y mediática española a mediados de los noventa, al ser nombrada ministra de Educación y Cultura, y es objeto de burla recurrente por parte del programa de televisión CQC, lo que entonces se sabe de su situación personal (funcionaria, ministra, aristócrata consorte) no hace especialmente probable que el público considere la mofa excesiva o antipática. No es alguien cuyas circunstancias despierten fácilmente nuestra piedad: “le va demasiado bien” para ello.

Además, los personajes tras los que se parapetan los humoristas que la acorralan son adversarios particularmente duros. No son, siguiendo la terminología de Idle, “caras blancas”, listillos pagados de sí que puedan, con sus excesos, inspirar simpatías hacia la víctima de sus ataques. Pablo Carbonell, el reportero que establece una “relación” más constante con ella, ha creado un personaje que combina las ventajas de la “nariz roja” y la “cara blanca”: alguien que disfruta

haciéndose el tonto, que se abandona a sus instintos, a la broma infantil y al juego surrealista, pero que aun así se las apaña para hacernos guiños que revelan la inteligencia tras ese gusto por el disparate.

Es la propia Aguirre quien propicia el humor, involuntariamente, al demostrar ante los medios las lagunas culturales de la ministra de Cultura (ignora que la película *Airbag* de Juanma Bajo Ulloa, una de las más taquilleras del cine español hasta entonces, es en efecto española, y no sabe quién es Santiago Segura, entonces célebre por *El día de la bestia*). Según su biografía, “la espontaneidad y sinceridad de Esperanza Aguirre le juega una mala pasada, en directo y ante los micrófonos del programa *La mañana de Antonio Herrero*, en la cadena COPE” (Drake, 2006: 159). *Caiga quien caiga* aprovecha la oportunidad y, en los encuentros con la ministra recogidos por sus cámaras, le hace preguntas que, o bien pretenden poner en evidencia esa ignorancia, o la dan por supuesta centrándose en cuestiones frívolas adecuadas para una caricatura de condesa consorte: Tonino Guitián le pregunta cómo hay que limpiar la plata y Pablo Carbonell flirtea con ella. Según las afirmaciones de este último que recoge Drake:

(...) *pensé que la mejor manera de asegurar mi puesto en CQC era subir el listón de la procacidad en mis encuentros con ella. Empecé a piropearla, a tratarla como si yo fuera su rendido admirador, y ella seguía el rollo con mucha naturalidad. Yo le preguntaba si le gustaba mi nuevo corte de pelo y le reprochaba que no se hubiera dado cuenta de ello. Cuando conseguía saludarla con dos besos, montaba luego las imágenes con músicas terribles de películas románticas, o rodeaba su cara de florecitas y corazones en un trabajo de edición posterior muy elaborado. Lo hacía todo con aparente inocencia, y ella me saludaba diciéndome “¡Hombre, Pablito, nos volvemos a ver!”. Siempre seguía la broma y al final terminó siendo la historia de una mujer política acosada por un delirante periodista en busca de audiencia.* (op. cit., pp. 163-164)

Obsérvense dos detalles: por un lado, la “aparente inocencia” que reconoce el propio humorista. Por otro, la reacción de su objetivo, que “seguía el rollo con mucha naturalidad” y “siempre seguía la broma”.

Con el tiempo, le dedicaron una sección monográfica, “El rincón de Espe”, presentada por el mismo Pablo Carbonell, que ofrecía “consejos útiles” para damas de la alta sociedad, abundando en tal definición del personaje de Aguirre. De cara al público, Aguirre mantuvo la estrategia: encajar la burla, actuar no ya como si nada ocurriera, sino como si fuera positivo para ella. Según cuenta otro colaborador de Aguirre, Fernández-Lasquetty:

Un día me dijo: “Mira, Javier, si de lo que se trata es de que yo vaya por ahí simulando que sé más de lo que sé o que soy una experta en lo que no soy, a base de engañar a la gente haciéndome pasar por una gran conocedora de cosas que no conozco bien, yo para eso no estoy aquí y renuncio». Me impresionó mucho cuando me dijo aquello porque, en el fondo, era la resistencia moral de una persona que cree en la verdad frente al convencionalismo y la simulación a la que le intentaba obligar la corrección política y la opinión pública.” (op. cit., pp. 160-161)

En suma, ante dos errores relativamente importantes sobre una materia que es de su competencia como ministra, Aguirre y sus colaboradores reformulan la situación en los siguientes términos:

- 1) **Espontaneidad:** estas cosas le ocurren porque dice lo que piensa, sin filtros. Es más...
- 2) **Honestidad:** dice lo que piensa porque se resiste a las imposturas. Es más...
- 3) **Valentía:** prefiere decir la verdad aunque eso pueda ponerle en contra a la opinión pública. No se dedica a la política para decirle a la gente lo que quiere oír, sino que tiene el valor de sus convicciones.
- 4) **Sentido de las prioridades:** lo importante no es conocer todo el cine español que se estrena ni, aún peor, simular que se conoce, sino trabajar y ser fiel a los principios.
- 5) **Sentido del humor:** sabe encajar las críticas, por talante personal y también por su ideología política liberal, favorable a la libertad de expresión.
- 6) **Inteligencia:** sabe que, a largo plazo, esa autenticidad, ese valor para correr riesgos a corto plazo redundan no solo en su beneficio, sino también, colateralmente, en el de los demás implicados.

V. LA CONSTRUCCIÓN DEL PERSONAJE Y EL GÉNERO DEL RELATO

Simplificando, en la arena humorística se enfrentaron dos versiones de Aguirre: su caricatura humorística y la imagen que ella deseaba promover. La construcción de una ha de adaptarse a la construcción de la otra y viceversa; así, parte de la caricatura se basa en mostrar cuánto se aparta de la realidad la imagen de sí que promueve la caricaturizada, y esta imagen, a su vez, debe tener en cuenta los puntos clave de la caricatura para desactivarlos. El epílogo de la biografía autorizada escrita por Drake sintetiza los rasgos fundamentales del personaje que quería construir Aguirre en aquel momento:

1) Entra en política con escepticismo irónico: “empezó hace veintitrés años su carrera política en el Ayuntamiento de Madrid pensando que «algo bueno tenía que tener cuando la gente se mataba por ser concejal»” (op. cit., p. 496).

2) Ha sido pionera, como mujer y como responsable política: “Fue la primera mujer en ocupar la cartera ministerial de Educación y Cultura”, “fue la primera mujer presidenta del Senado” (op. cit., p. 496).

3) Ha triunfado teniendo todos los elementos en contra (“lo hizo en un momento político difícil, con un gobierno en minoría, acosada por la prensa, que la convirtió en el centro de chistes y burlas, y con una oposición dispuesta a no apoyar una sola de sus iniciativas”) y ha conseguido ganarse el respeto de sus adversarios: fue reelegida como presidenta del Senado “por mayoría absoluta con los votos incluso del Partido Socialista”, y

En estos momentos, Esperanza Aguirre es un referente político claro al que muchos mirarían en un momento de crisis. Su peso específico dentro de la política sigue aumentando, con mucho entusiasmo, incluso con un entusiasmo excesivo, por quienes votan al PP, y con respeto por quienes no la votarán nunca. (op. cit., p. 96)

4) Dadas las circunstancias, podría aspirar a posiciones políticas aún más importantes: “El haber perdido el PP el gobierno de la Nación en las últimas elecciones generales le ha dado a Esperanza Aguirre un protagonismo extra, por el cual son muchos quienes quieren ver en ella una futura presidenta del Gobierno” (op. cit., p. 496).

5) Pero lo más importante para ella son los principios, no su beneficio personal: “Esperanza quiere dejar claro que nunca ha tenido un proyecto político aguirrista, sino de ideas y valores de partido, y se mantiene fiel a Mariano Rajoy, a quien no duda en apoyar sin fisuras” (op. cit., pp. 496-497).

6) Pese a todas las distorsiones malintencionadas de los hechos que otros han pretendido hacer pasar por ciertas: “Porque, como demuestra esta biografía, en boca de todos siempre ha habido cosas que no sucedieron nunca” (op. cit., p. 497).

El humor vuelve a incorporarse al resumen del relato que defiende la biografía, pero con un tono distinto que en su narración más detallada de páginas anteriores. Si en aquellas se reconocía que la sátira y la burla eran un problema potencial que Aguirre había sabido emplear en beneficio propio, en este repaso sintético al personaje y su periplo se presenta como un factor más dentro del cúmulo de dificultades al que tuvo que hacer frente: la prensa acosa a esta mujer pionera y la convierte en blanco de chistes y burlas.

Descontextualizadas, o si se observan aisladamente, las escenas protagonizadas por Aguirre en CQC forman parte de una comedia, tanto desde el punto de vista de unos como el de la otra, que participa de buena gana de la broma y, desoyendo a sus propios jefes de prensa, los busca porque sabe que la exposición mediática es beneficiosa para ella. Sin embargo, en el marco de la biografía autorizada que narra un relato de triunfo donde se sugieren logros futuros aún mayores, se convierten, primero, en un problema que Aguirre gestiona con inteligencia y habilidad (también le acompaña esa fortuna que saben cortejar los príncipes: otra idea recurrente en la presentación del personaje de Aguirre por los medios que le son afines es la *baraka* que le hace salir ilesa de situaciones peligrosas), y después, en otro episodio dentro del acoso contra su figura. Tras haberlo encajado con deportividad en su momento, y habiendo minimizado su importancia, con el paso del tiempo la víctima del ataque humorístico revela la antipática cara blanca oculta tras la nariz roja de los payasos que hacían bromas a su costa.

VI. ESTO ES SERIO: EL HUMOR QUE INCITA A LA VIOLENCIA

La ocasión de desenmascarar al humorista se presentó en 2009, cuando el entonces periodista y hoy eurodiputado Hermann Tertsch sufrió una agresión en un local nocturno tras haber sido objeto de una parodia en el programa *El intermedio*, conducido por el Gran Wyoming, también al frente de CQC en los tiempos en que el programa “perseguía” a Aguirre. La serie de vídeos humorísticos, inserta en el espacio que se dedica en el programa a vídeos manipulados, mostraba al periodista sosteniendo diversas armas mientras afirmaba cosas como “*les aseguro que si yo pudiera matar a quince o veinte pacifistas que prefieren morir a matar lo haría sin la menor duda*”, “*les aseguro que si yo pudiera matar a quince o veinte ministros por algo de dinero lo haría sin la menor duda*”, y otras variaciones sobre el mismo tema¹. La sátira se basaba en una afirmación real de Tertsch en el *Diario de la noche* de Telemadrid, a propósito del secuestro de tres cooperantes españoles en Mauritania y las declaraciones del entonces ministro de Defensa, el socialista José Bono, que decía ser un pacifista que prefería morir a matar: “*les aseguro que si yo pudiera matar a quince o veinte miembros de Al Qaeda por liberar a nuestros tres compatriotas lo haría sin la menor duda*”.

El propio Tertsch, tras sufrir la agresión, acusó al programa *El intermedio* de haber incitado a la violencia contra su persona, al identificarlo como un asesino, y quiso hacer responsable de ello al presentador. Poste-

riormente, Tertsch perdió la demanda que había interpuesto, en la que exigía una indemnización de más de doscientos mil euros, y se desvinculó la agresión sufrida de cualquier motivación de carácter político o ideológico.

Aguirre intervino en la polémica, afirmando que “*el hecho de que Hermann Tertsch sea muchas veces un periodista crítico con el Gobierno no puede en absoluto, jamás, justificar la agresión física*”, y defendiendo su libertad de expresión. Añadió que tampoco se podía justificar la “*agresión moral*” que había sufrido por parte de los que, por medio de “*presuntas bromas, han manipulado su manera de expresarse*”².

El Gran Wyoming, a su vez, escribió lo siguiente en un artículo en el diario *Público* del 12 de diciembre de 2009, titulado “*Los que señalan con el dedo*”:

Lo paradójico de este linchamiento mediático del que soy objeto es que está basado en la premisa de lo infame que es señalar a alguien para que sea objeto de persecución: es lo que están haciendo conmigo. Soy totalmente ajeno a los hechos, diga lo que diga Esperanza Aguirre en un acto de una irresponsabilidad mucho mayor que los dichosos vídeos. (Gran Wyoming, 2009)

En términos del relato que Aguirre construye, queda por fin expuesta la mala fe de los humoristas que se burlaban de ella. Aunque no señale directamente la relación de las bromas de las que ella fue objeto con la sátira que se dirige contra Tertsch, la cabeza visible de ambos programas es la misma. Si bien ella no le dio importancia en su día y superó las adversidades con inteligencia y honestidad, la conclusión que el público puede sacar por sí mismo es que, en efecto, fue una víctima.

VII. UNA SEXAGENARIA EN EL CARRIL BUS

Algunos de los últimos incidentes de relevancia mediática que protagonizó antes de apartarse de la vida política permiten observar de cerca su estrategia humorística: se trata, en suma, de minimizar los ataques propios y de magnificar los ajenos, enmarcándolos en términos que su público pueda suscribir.

Así, cuando en abril de 2014, desoyendo las indicaciones de los agentes de movilidad que le estaban pidiendo la documentación por estacionar en el carril bus en el centro de Madrid, se marchó a su casa y fue perseguida por estos, se valió del humor autodespectivo para minimizar la importancia de sus actos, y así ridiculizar a sus perseguidores, cuyas acciones pre-

¹ Véase: <http://www.youtube.com/watch?v=5MXC6E6jdMg>

² Véase: <http://www.20minutos.es/noticia/584357/0/aguirre/wyoming/tertsch/>

sentaba como desproporcionadas: “Parece como si en España no hubiera problemas más importantes que la multa a una sexagenaria con su coche particular, como si no existiera Eguiguren, como si no existiera el desafío independentista de Cataluña o los casi seis millones de parados”³. Justificó su marcha señalando que los agentes de movilidad la habían tenido retenida un tiempo excesivo. Cuando las pruebas mostraron que habían sido cinco minutos, se defendió con estas palabras: “No se puede usted imaginar lo que es ser tratado como un terrorista, rodeado por policías, por agentes de movilidad con sus chalecos, interrumpiendo todo el tráfico en la Gran Vía. Si dicen que fueron cinco minutos, serían, no lo dudo, pero a mí me parecieron horas”⁴. La acción de los agentes es, por tanto, excesiva: ella no es más que una sexagenaria y la trataron como si fuera una terrorista, y algo similar ocurre en los medios, que pierden tiempo en un incidente en el que se ha visto envuelta como ciudadana particular, no como gobernante, pues había dimitido de la presidencia de la Comunidad de Madrid dos años antes. El humor dirigido contra sí misma funciona, en la práctica, como ataque contra los agentes de movilidad.

Los distintos niveles de negociación que se ponen en marcha en el “modo humorístico” de Mulkay ofrecen un margen para la redefinición del relato de acuerdo con los propios fines (otro ejemplo interesante en ese sentido es el de Ann Richards, expuesto en Martin, 2004). Como en tantos otros registros del discurso político, el gobernante (o aspirante a serlo), debe conocer bien al público al que se dirige en cada momento, ya sean sus fieles, ya sea la ciudadanía en general, ya sean incluso aquellos que le son más adversos, y partir de los consensos implícitos sobre la realidad para empujar poco a poco su definición en el sentido que conviene al relato y al personaje que desea presentar. Si algo sugiere el caso de Esperanza Aguirre es que el ataque no es la única estrategia posible, ni quizá tampoco la más efectiva en el largo plazo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Baumgartner, J. C.; Morris, J. S. y Walth, N. L. (2012): “The Fey effect. Young adults, political humor and perceptions of Sarah Palin in the 2008 presidential election campaign”, *Public Opinion Quarterly* 76(1): 95-104.
- Becker, A. B. (2012): “Comedy types and political campaigns: the differential influence of other-directed hostile humor and self-ridicule on candidate evaluations”. *Mass Communication and Society* 15(6): 791-812.
- Bippus, A. (2007): “Factors predicting the perceived effectiveness of politicians’ humor during a debate”. *Humor – International Journal of Humor Research*, 20(2): 105-121.
- Davis, M. (1993): *What’s so funny? The comic conception of culture and society*. Chicago: University of Chicago Press.
- Drake, V. (2006): *Esperanza Aguirre. La presidenta*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- Freud, S. (1994 [1905]): *El chiste y su relación con el inconsciente*. Madrid: Alianza.
- Gran Wyoming (2009): “Los que señalan con el dedo”. *Público* (12/12/2009).
- Carbonell, P. (2016): *El mundo de la tarántula: memorias*. Blackie Books: Barcelona.
- Gruner, C. R. (1999): *The game of humor. A comprehensive theory of why we laugh*. New Jersey: Transaction Publishers.
- Idle, E. (1999): *The road to Mars. A post-modern novel*. Londres: Pan Books.
- Laso V., L. (2013): “El humor: un mecanismo imbatible de ataque”. *Más poder local*, 15: 36-37.
- Lipovetsky, G. (1983): *L’ère du vide. Essais sur l’individualisme contemporain*. Paris: Gallimard.
- Lynn, J. (2011): *Comedy rules: from the Cambridge Footlights to ‘Yes, Prime Minister’*. Londres: Faber & Faber.
- Martin, D. M. (2004): “Balancing on the political high wire: the role of humor in the rhetoric of Ann Richards”. *Southern Communication Journal* 69(4): 273-288.
- McGuffee Smith, C. y Powell, L. (1988): “The use of disparaging humor by group leaders”. *Southern Communication Journal* 53(3): 279-292.
- Méndez, L. (2008): *Duelo de titanes*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Meyer, J. (1990): “Ronald Reagan and humor: a politician’s velvet weapon”. *Communication Studies* 41(1): 76-88.
- Moreno del Río, C. (2010): “El ‘Zejas’ y la ‘niña de Rajoy’. Análisis sobre el papel del humor en las elecciones generales de 2008”. *Revista Española de Ciencia Política*, 22: 69-93.
- Morreall, J. (2010): “Comic vices and comic virtues”. *Humor: international journal of humor research* 23(1): 1-26.
- Mulkay, M. (1988): *On Humour. Its Nature and its Place in Modern Society*. Cambridge: Polity Press.
- Nilsen, Don L. F. (1990): “The social functions of political humor”. *The Journal of Political Culture* XXIV(3): 35-47.
- Palomo, G. (2008): *Rumbo a lo desconocido: historia secreta de los años más convulsos del PP*. Madrid: Martínez Roca.
- Pradera, M. (2014): *Madrid confidencial*. Barcelona: Ediciones B.
- Romero Reche, A. (2010): *El humor en la sociología posmoderna. Una perspectiva desde la sociología del conocimiento*. Madrid: Fundamentos.
- Schopenhauer, A. (2010 [1844]): *El mundo como voluntad y representación*. Madrid: Alianza.
- Schopenhauer, A. (2011 [1830]): *Dialéctica erística o el arte de tener razón, expuesta en 38 estratagemas*. Madrid: Trotta.
- Smith, C. y Voth, B. (2002): “The role of humor in political argument: how ‘strategery’ and ‘lockboxes’ changed a political campaign”. *Argumentation and Advocacy*, 39(2).
- Yarwood, D. L. (2001): “When Congress makes a joke: congressional humor as serious and purposeful communication”, *Humor – International Journal of Humor Research* 14(4): 359-394.
- Young, D. G. (2008): “The privileged role of the late-night joke: exploring humor’s role in disrupting argument scrutiny”. *Media Psychology* 11(1): 119-142.
- Zijderveld, A. (1982): *Reality in a looking-glass: Rationality through an analysis of traditional folly*. Londres: Routledge and Kegan Paul.

3 Véase Libertad Digital (08/04/2014). Recuperado de: <http://www.libertaddigital.com/espana/2014-04-08/parece-que-no-hay-nada-mas-importante-que-multar-una-sexagenaria-que-ha-cometido-una-infraccion-1276515298/>

4 Véase El País (23/05/2014). Recuperado de: http://politica.elpais.com/politica/2014/05/23/actualidad/1400870495_688745.html